

Enrique Espinoza

Hudson descubre una librería de viejo en Buenos Aires



Este episodio no se encuentra en «Allá lejos y hace tiempo», donde nuestro sabio poeta y naturalista evoca, tardíamente, sus años de formación entre nosotros. Por su índole corresponde, es claro, a los capítulos finales de aquella obra maravillosa; pero como la historia de su primer pájaro enjaulado («El Cardenal») y otros relatos que nos atañen muy de cerca, Guillermo Enrique Hudson lo adelanta en uno de sus libros intermedios, pues siempre fué pródigo del tesoro de recuerdos de su infancia.

Este episodio, antes que historia, de la librería de viejo que el jovencito Hudson descubre en Buenos Aires poco después de promediar el siglo pasado, aparece al comienzo del presente en su libro «Afoot in England», vale decir, «A pie en Inglaterra», título que, por cierto, no deja de recordar a un argentino la significativa expresión del Chacho: «En Chile y a pie», con que Sarmiento encabeza la pintoresca biografía del

mismo, en el apéndice de su «Facundo o Civilización y Barbarie».

Por nuestra parte, confesamos que la notable semejanza del epígrafe inglés nos hizo abrir dicho libro con mayor familiaridad, si cabe, en Santiago, precisamente, mientras preparábamos un número de la revista SECH (sigla de la Sociedad de Escritores de Chile), en homenaje al maestro de «La Tierra Purpúrea».

Después hemos pensado repetidas veces ahondar en esta mera coincidencia de palabra entre el primer escritor universal de la pampa y el último caudillo de la montonera provinciana.

Sabiendo que Hudson vivió muchos años en Londres, pobre y desconocido, sin que sus grandes libros hasta «Afoot in England» consiguieran sacarlo de pequeños apuros, era relativamente fácil dar con la clave.

Tras el título en cuestión, no podía menos que ocultarse una idéntica nostalgia del caballo.

¿No lo tenía celebrado, acaso, como el mejor amigo del hombre en las páginas reveladoras de «Un naturalista en el Plata»?

Luego, nuestro paisano extraordinario pudo entonces, como el otro, sentirse a pie en Inglaterra...

Tal acepción de la frase no la alcanza de entrada un caballero británico. Lo prueba de sobra el mismo Darwin en su célebre «Viaje alrededor del mundo». Pero un hombre como Guillermo Enrique Hudson, nacido en las vastas llanuras porteñas y criado sobre

el caballo, conserva hasta el fin algo de su malicia criolla.

Ahora bien, el hecho de que durante las andanzas de «Afoot in England» nuestro humilde compatriota tuviera que convertirse en súbdito de Su Majestad para recibir una imprescindible ayuda oficial, que después devolvería, lejos de negar nuestro argumento lo confirma, porque Hudson fué siempre un exilado literario antes que político.

Al revés que en las armas, en las letras el triunfo suele significar una valiente entrega de corazón al conquistador de parte del conquistado por el espíritu. Nada lo confirma tan bien como el episodio de la librería de viejo que encontramos en «Afoot in England».

Pero antes de referirlo conviene quizás abundar todavía en algunas consideraciones sobre el voluntario destierro del futuro intérprete de «Allá lejos y hace tiempo».

Algunos críticos sostienen que se trata solamente de un llamado ancestral; la voz de la sangre, para repetirlo con el consabido lugar común, que no admite fundamento de orden menos obscuro, por desprecio a la inteligencia, desde luego.

Que los padres de Hudson fueran norteamericanos y de raza distinta, nada les significa. Eran ingleses, a pesar del *jus soli* y del *home rule*.

Sin embargo, para nosotros es evidente que nuestro

pequeño genio salvaje se muestra desde muy joven atraído por el espíritu de Inglaterra. Sólo en algunas líneas fortuitas de su poesía rural encuentra la expresión del sentimiento de la naturaleza que aletea en su propio espíritu.

Las inmensas llanuras de la pampa llenan tempranamente sus ojos de imágenes imperecederas que anhela resumir y comunicar a sus semejantes. Mas formado en las postrimerías de la dictadura de Rosas en una campaña sin escuelas y con las muy raras de la ciudad entregadas a la supervigilancia de las autoridades policiales, ¿qué mucho que sus padres le buscaran maestros ingleses para ponerlo también en las letras a cubierto de las asechanzas nacionalistas?

Por otra parte, los únicos libros del hogar eran libros ingleses y muy pocos de versos, fuera de alguno de Shenstone, a tal punto ineficaz que de no ser ciertos pasajes poéticos intercalados en los libros de prosa, el niño hubiese perdido, según su propia confesión, el gusto de la poesía para siempre.

Lo que vino a salvarle fué, justamente, el encuentro de un libro inolvidable, *Seasons*, de James Thomson, en la primera librería de viejo que hubo en Buenos Aires. De ahí la importancia que el episodio tiene para nosotros.

Veámoslo, siguiendo el texto de «Afoot in England», inédito en nuestro idioma.

Un día, durante una visita a Buenos Aires, nues-

tro Enrique Guillermo descubre en una callejuela, hacia la parte sur de la ciudad, una librería de lance atendida por un viejo alemán de anteojos, oliendo a rapé en su largo y sucio abrigo negro.

Lo recuerda bien, porque fué para él un personaje importantísimo. Era el suyo el primer negocio de tal clase que le era dado conocer y duda de que hubiera entonces otro en Buenos Aires.

Hurgar una hora seguida en la masa de libros viejos, amontonados en el suelo de ladrillo y sobre las tablas polvorientas, fué una nueva y deliciosa experiencia para el adolescente.

En su mayor parte los libros estaban en español, francés y alemán; pero los había también en inglés. Entre éstos descubre, el muchachito alto y delgado que debía ser entonces Hudson, las *Seasons* de Thomson. Cincuenta años más tarde recuerda aún el estremecimiento que le produjo sacar el pequeño y fino volumen en octavo, encuadernado en suave becerro.

—Fué el primer libro en inglés que compré—dice—y aun ahora, cuando veo un ejemplar de las «Estaciones» en una librería, lo que me sucede a menudo, me cuesta resistir la tentación de tirar unos chelines y llevármelo.

Y antes de concluir la filosofía de su recuerdo, el viejo Hudson agrega aún esta confesión enternecedora:

—Si los chelines no se necesitaran para el pan y el queso, tendría a la fecha una pieza llena de *Seasons*.

Por último, jugando con el vocablo terminante en forma que casi no se puede traducir, concluye:

«Pocos libros me han dado más placer y como todavía vuelvo a él de cuando en cuando, no creo que vaya a dejar de sentirlo a despecho de haber comprobado, al hablar por primera vez con lectores de poesía en Inglaterra, que Thomson no era mayormente leído, porque era ilegible...»

¡Qué admirable ejemplo de unidad del espíritu humano surge de esta breve página de Guillermo Enrique Hudson!

Un poeta rural, olvidado en su propia tierra, decide, no obstante en otra muy remota la vocación de un niño que anda buscando en los libros la manera de expresar la suya en una lengua que apenas presiente.

¿Qué vale junto a este pequeño lector de la pampa el millar o millón de lectores no habidos o perdidos en muchos años?

El gran Tolstoi afirma, en una de sus escrituras íntimas, que le sostiene la seguridad de hallar en algún rincón del mundo un escritor en cierne capaz de compartir su pensamiento, mientras llegue la hora en que todos los hombres participen por igual de su eco solitario.

Soñando la realización de otro milagro semejante entre nosotros, celebramos llenos de legítimo orgullo porteño, el recuerdo de la primera librería de viejo que Hudson descubre en Buenos Aires.